

EL BOXEADOR DEL ATARDECER

Antonio Costa Gómez¹

Una vez estaban poniendo "Epílogo" en la Filmoteca Nacional de Madrid y de repente se oyeron unas voces que protestaban. Se encendieron las luces y apareció Gonzalo Suárez diciendo que se habían comido un rollo de la película. Volvieron atrás y proyectaron ese rollo, la verdad era que se perdían secuencias esenciales. Mientras esperábamos se sentó a mi lado Gonzalo Suárez. "Hace tiempo que quería volver a ver Epílogo" – le dije-. "Precisamente usted me recuerda Epílogo" –dijo él-. "¿Cómo dice?" – contesté -. "No sé cómo explicarle –dijo Suárez-, pero usted me recuerda mi película Epílogo, me hace pensar en ella". "Se me ocurre una historia –dije- que usted podría dirigir". "Cuente" –dijo él-. "Sería otro caso de Ditirambo, el hombre que no sabe contra quién boxeo. El hombre encarga a Ditirambo que lo descubra, no puede morir sin saberlo". "¿Cómo es eso?" - dijo Gonzalo Suárez- "Sería un boxeador – dije- que una tarde está entrenando él solo en una calle enfrente de su casa. Mueve los brazos, baila, practica unos golpes. Está ya acabado, pero le parece que el

cuerpo aún le aguanta, que aún puede hacer virguerías. Piensa en un último combate, en ganarse unos cuartos con quienes quieran ver a una vieja gloria peleando". "Sigue –dijo Gonzalo Suárez- ¿y qué pasa?". "Está oscureciendo –dije-, la mujer le dice que vuelva a entrar en casa, el tipo pega golpes al aire. Y entonces se acerca un desconocido, se quita la chaqueta y empieza a pelearse con él. Ya está oscureciendo y a los dos no se les ve la cara".

"El boxeador le pregunta al otro quién –seguí- es pero el otro no dice nada. El desconocido mueve los puños con una especie de generosidad, como si soltara frases raras con los puños. A veces le acerca uno a la cara pero apenas lo toca, lo obliga a retroceder, a moverse, hace que se le encienda la sangre, que recuerde combates de antes. Parecen dos siluetas bailando en el anochecer, el boxeador le pregunta quién es, pero el otro no dice nada. El desconocido boxea como si estuviera interpretando algo en una trompeta. Al final lo tumba de un puñetazo imparable y

¹ Profesor de Literatura en enseñanza media (MADRID). Publicaciones: "Revelación", "El delirio del fuego", "El tamarindo", "Las campanas", "La reina secreta", "La seda y la niebla", "Las fuentes del delirio", "La calma apasionada", "Mateo, el maestro de Compostela", "El fuego y el sueño". Aparece en antologías: "Poesía española última", "Elogio de la diferencia". Correo electrónico: antoniocostagomez@gmail.com.



el boxeador se queda en el suelo asombrado. Al principio no se lo cuenta a nadie, después se lo insinúa a su mujer, y mientras juega al dominó con los amigos no hace más que pensar en aquella tarde. Finalmente, cuando teme morir, contrata a Ditirambo para que averigüe quien era el boxeador misterioso y lo lleve a su casa”.

“¿ Y Ditirambo qué hace?” -preguntó Gonzalo Suárez -. “No sé - dije - da vueltas en varias direcciones, no sabe cómo enfocarlo. Pero un día le viene una intuición al tomar un vaso de vino, piensa que probablemente aquella tarde de la pelea había algún niño cerca.

Pregunta a todos los niños del barrio y acaba encontrando la pista del desconocido. Era un hombre que había conocido a la mujer del boxeador y la había amado. Y había admirado en ella los mejores rasgos del boxeador. El hombre había tomado cinco mil whiskeys y al final había decidido hablar al boxeador, contarle lo que sentía a través de los puños. El boxeador y el hombre se encuentran y se pasan toda la tarde tomando bourbon y se dan cuenta de que hay tantas cosas inevitables”. “No es mala idea” – dijo Suárez- “Pero también podría tener otro final” –dije- “Tal vez se pueda hacer una película con eso” - dijo Gonzalo Suárez –